



LOS DOS ACOMPAÑANTES

Oí comentar a un psiquiatra, amigo mío, que él suele decir a algunos de sus pacientes que todos los hombres llevamos dos acompañantes, que van junto a nosotros, querámoslo o no, a lo largo de toda nuestra vida; y como esa compañía es inevitable, conviene «llevarse bien» con ellos, aceptarlos, verlos como compañeros naturales de nuestra existencia. A uno le llamamos «alegrías» y al otro «preocupaciones».

Mi amigo tenía bastantes «clientes» cuya enfermedad consistía en no acostumbrarse a convivir pacíficamente con el segundo de sus acompañantes; y no por tratarse de preocupaciones de especial entidad; lo patológico consistía precisamente en agrandarlas, o en hundirse excesivamente ante ellas. Queríamos estar siempre con el primero y desprendernos del segundo, pero no se conoce a nadie que haya pasado por este mundo con

un solo acompañante. Un talante equilibrado, estable y optimista es ya un buen modo de contrarrestarlo.

Puede avanzarse más si nos percatamos de que somos hijos de Dios, y por tanto si Dios es mi Padre, y es todopoderoso, me protegerá siempre; y como me quiere sin medida, no me permitirá que me suceda nada malo si no me aparto de El; más aún: en realidad lo único malo que me podría suceder es perderle; mientras esté con El todo lo que pueda ocurrirme es algo que El quiere o permite, y es para mi bien, porque sólo puede desear para mí lo mejor, lo que más me convenga: lo que más me convenga para asemejarme a El, que es a lo que debe aspirar un buen hijo. Para un hijo de Dios no hay nada absolutamente malo, con excepción de la ofensa a su Padre Dios; no debe haber, por tanto, preocupaciones que le hagan tambalear.

J m cR

«UN BELLÍSIMO SECRETO»

Con ocasión de una de sus visitas al Vaticano, Mons. Roncalli oyó cómo Pío XI le confiaba «un bellissimo secreto» para facilitarle su misión en los Balcanes: el recurso y la presencia activa de los ángeles. «Fuente de perenne alegría para sus protegidos, esta presencia -explicaba Pío XI a su futuro sucesor, Juan XXIII- allana las dificultades y disipa las oposiciones. Cuando tengamos que hablar con una persona de difícil acceso para nuestras argumentaciones, y con la que, por consiguiente, nuestra conversación deberá tener un tono más persuasivo, recurrimos a nuestro Ángel Custodio. Le encomendamos el asunto. Le pedimos que intervenga cerca del Ángel Custodio de la persona con la que tenemos que vemos. Una vez establecido el entendimiento entre los dos Ángeles, la conversación del Papa con su visitante es mucho más fácil».

WENCESLAO (907-929)

También conocido por Venceslao, o en checo Václav, es uno de esos santos en quienes el poder se cristianiza hasta la propia desaparición que acepta el martirio, como si viese incompatibles las grandezas humanas y el Evangelio.

El joven duque de Bohemia, huérfano de padre, se educa en el cristianismo gracias a su piadosa abuela santa Ludmila, pero vive rodeado de las intrigas y conjuras del partido pagano que encabeza su madre, Drahomira, cuyo favorito es el hijo menor, Boleslao.

Santa Ludmila muere asesinada, su nieto se decide a tomar el poder y durante unos años, desde su palacio de Praga, da ejemplos de santidad a toda Bohemia: es pacífico, caritativo, mortificado y espiritual. Es posible que pensara en hacerse monje. Sus enemigos prefirieron no esperar. Boleslao le tendió una celada invitándole a su provincia y le hizo apuñalar en el umbral de una iglesia. Dicen que pudo defenderse y que eligió ser víctima. Es el santo patrón de Bohemia y de todos los gobernantes incómodos por su honradez.

LAS LENTEJAS

A José no le gustaban las lentejas. Lo sabían todos. Corría, saltaba, jugaba y se lo pasaba a lo grande con sus amigos. Hacía muchos goles y, de refilón, miraba con ternura especial a Clara, su compañera de mesa. Toda su fuerza y su valor se caían de repente cuando, al mediodía, le ponían un plato de lentejas. Podía estar horas sin levantarse de la mesa, castigado ante un triste plato de lentejas.

Un día los padres de Clara decidieron que ella también se quedaría a comer.

José y Clara se alegraron recíprocamente. Sin embargo, la alegría se convirtió en dolor cuando llegó la hora de comer para la recién llegada. Tampoco le gustaban las lentejas.

Juntos ante sus platos se miraban, pero no con alegría. José lo pasaba mal como siempre, pero ya estaba acostumbrado; su amiga lloraba y él sentía que se le partía el corazón.

Al final intentando acabar con aquella situación interminable para todos, tomó la cuchara y la llenó de lentejas, y mientras le caían lagrimones gordos y salados, la miraba con cariño y le decía:

-Come, Clara, que son buenas, a mí ahora ya me gustan.

Ese día José supo que Clara sería alguien muy especial en su vida y que las lentejas, sin gustarle, podían comerse. Porque cuando hay cariño se pueden hacer muchas cosas que de otra forma no se harían. Hasta comer un plato de lentejas.

¡Imagínate lo que seríamos capaces de hacer por Dios si estuviéramos de verdad enamorados de Él!

E.S.

TRATO SELECTIVO

Un padre de familia, empresario, enfadado con un empleado, empezó a gritarle. Su hijo, un pequeño de 7 años, que había presenciado casualmente lo acontecido, al cabo de poco tiempo, se acercó a su padre y le preguntó:

-Papá, ¿me quieres?

-Claro, qué preguntas me haces, hijo mío; ¿por qué me preguntas eso?

-Porque si hoy has tratado así a ese hombre, mañana me lo puedes hacer a mí, -respondió el niño.

Todos podemos tener un mal día. Todos. Pero frecuentemente solemos caer en la trampa de comportarnos de una manera con unas personas, y de otra, con otras. Bien, con aquella a las que quiero impresionar favorablemente, mal o de forma indiferente, con las que no me importan o no me interesa su opinión. Esto nos hace vivir en una falta de coherencia que poco a poco va impregnando lo que somos, lo que hacemos y lo que decimos. Y además nos olvidamos de que este comportamiento lo vamos paseando por doquier. Con los que hoy estoy bien, maravillas; con los que no, dureza y gritos o mentiras, según convenga o me apetezca. Tarde o temprano esto se convierte en una actitud vital y se nos nota. Entre los del gremio que hacen lo mismo para salir bien en la foto, no; pero entre la gente recta de corazón, sí.

Si una persona es mi amiga y trata injustamente a otra persona, no debo permanecer callado o indiferente porque mañana, si le interesa y se acaba la amistad, me lo hará a mí. ¡Cuánto sé de eso! Somos un todo, estemos con quien estemos y vayamos donde vayamos, llenos de cualidades y defectos. Pero si no hay una voluntad expresa de unificar lo que somos, lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos, nuestra vida lo reflejará, y las personas que aman la verdad, y no la supeditan a los intereses y las conveniencias personales, no confiarán en nosotros.

Y si del trato humano pasamos al trato con Dios la necesidad de unificar el comportamiento es aún más imperiosa. Decimos que creemos en Dios, que queremos seguir su voluntad y sus pisadas... ¿lo hacemos? ¿O sólo somos cristianos en la iglesia y fuera de ella nos comportamos como cualquier otro que no cree en Cristo? Eso también es una terrible falta de coherencia.

E.S.

Ahogarse en pleno océano y en medio de la galerna es perfectamente lógico. Ahogarse en el río o en la piscina, no tiene nada de particular. Pero ahogarse en una palangana, en un vaso de agua, y hasta en un dedal, indica gran pusilanimidad.



LOS DOS HERMANOS Y EL ORO

En tiempos remotos, dos hermanos vivían cerca de Jerusalén. El mayor se llamaba Afanás, y el menor, Yoan. Ambos vivían pobremente ayudando a todos los que necesitaban de su ayuda. Sólo se reunían los sábados por la noche en su vivienda. Los domingos rezaban a Dios y charlaban entre sí. Y el ángel del Señor bajaba del cielo para bendecirlos.

Un lunes en que los hermanos acababan de separarse y cada cual se iba por su lado, para hacerse cargo de sus respectivos trabajos, el mayor, Afanasi, observó que su hermano caminaba con la cabeza inclinada, se paraba de pronto, y como si hubiera visto un diablo echó a correr montaña abajo y subió a la otra vertiente.

Muy sorprendido, Afanasi volvió sobre sus pasos y vio un montón de oro sobre la hierba... Afanasi se asombró tanto del oro como de la huida de su hermano. «No hay pecado en el oro. El pecado reside en el hom-

bre. El oro puede causar el mal, pero asimismo puede servir para hacer el bien. Con este oro podríamos prestar una ayuda más eficaz a nuestro prójimo.»

Afanasi tomó el oro y construyó tres edificios: uno, para recoger huérfanos y viudas; otro, para dar asilo a los enfermos y desvalidos, y el tercero, para peregrinos y mendigos. Puso al frente a tres venerables religiosos y en breve se llenaron de gente las tres casas. Estaba tan orgulloso de su obra que se quedó en la ciudad dedicado a visitar sus tres edificios y dejarse alabar de los demás.

Un día decidió visitar a su hermano al que hacía mucho tiempo que no veía. Pero el mismo ángel que descendía a bendecirlos le salió al paso impidiéndole seguir.

-¿Qué ocurre, Señor? -preguntó.

-Vete de aquí. -dijo el ángel-. No eres digno de vivir con tu hermano. El huyó del oro porque temió ser engullido por él.

Afanasi enumeró entonces a todos los pobres y peregrinos a quienes había dado de comer, así como a los huérfanos que había socorrido.

-Has ayudado a los pobres pero te ha seducido la vanidad -sentenció el ángel.

Entonces Afanasi comprendió que no había tenido intención limpia al hacer aquella buena obra. Arrepentido, se deshizo en lágrimas.

El ángel le franqueó el camino, en el que lo esperaba su hermano Yoan. Desde entonces, Afanasi comprendió que es el amor lo que da calidad a las obras, con oro o sin él.

Y los dos hermanos siguieron viviendo como antes.

(Basado en un cuento de TOLSTOI)